

El catequista narrador-animador

MIQUEL XANCÓ

I. INTRODUCCIÓN:

1. La educación de las nueces.

El día 9 de julio de 1996 Claude Lagarde en la sesión final del congreso sobre 'Catequesis bíblico-simbólica' celebrado en París para conmemorar los 20 años del Equipo 'Epheta' nos contó esta parábola:

¿Sabéis cuál es el último descubrimiento bíblico? El árbol de Adán y Eva no era un manzano sino un nogal. Este descubrimiento ha tenido incalculables consecuencias en la pedagogía cristiana. Veámoslo.

¿QUÉ ES UNA NUEZ?

La nuez es un fruto que se presenta bajo la forma de una 'cáscara' sólida, que se va endureciendo con el tiempo. La cáscara protege el fruto del mal tiempo y de la intemperie. La cáscara es esencial para su seguridad y ahí radica su importancia.

Al abrir la nuez, debajo la cáscara, se encuentra la pulpa, que es su riqueza interior. Pero ¿cómo endurecer la cáscara para mejorar la seguridad de la 'pulpa'? Hablando a la nuez, y describiéndole con abundancia de detalles el mundo donde va a caer: informaciones técnicas, las lógicas horizontales, y todos los saberes. El grosor de la cáscara está en función de los saberes: la escuela de las nueces lo sabe.

Cuando la nuez está así herméticamente cerrada, está a punto para hacer su primer engorde. Pero hace falta todavía un fenómeno poco conocido: la nuez se calienta en su interior. Es el efecto que llamamos: 'la olla a presión'. Una rotura de su cáscara, un silbido, como una huída emocional. La presión interior decae y la grieta se cierra. Se podría decir que una cierta vida volcánica existe en su interior y que ello genera su endurecimiento y espesor.

La tensión emocional tendría, según algunos médicos entendidos alguna relación con el sexo de la nuez y una manera de enfrentarse a la muerte... pues tarde o temprano todas las nueces ennegrecen y mueren.

'Ya lo he hecho todo, me dijo un día una nuez de 18 años después de un gran suspiro. Primero el bautismo, después la comunión, después la confirmación...' ¿Te asfixias en ti o fuera de ti,? le dije ...Y continué: Lo sabes, quedan todavía algunas etapas. ¿Todavía?, dijo la nuez estupefacta.

Sí, le dije: falta la boda, ... y todo aquello que irá ennegreciendo tu cáscara. Entonces, murmuró, esto todavía no se ha acabado.'

LA CESTA DE LAS NUECES CERRADAS

Después de hacerlas caer del árbol, las nueces se recogen en una cesta, y son clasificadas según su tamaño, bien limpias y marcadas con etiquetas de colores... Se verifica el grosor de su cáscara y se ponen bien juntas con tal de abaratar los costes de transportes. Los poderes organizadores de la sociedad de las nueces vigilan siempre la buena marcha de todas estas operaciones.

EL PEDAGOGO INFIEL.

Hace 2000 años , un pedagogo con un comportamiento no muy católico se propuso invertir los principios de la educación de las nueces. Propuso que a una cierta edad, antes que se endureciera la cáscara, se practicara un 'autoagrietamiento'. Algo así como cuando perforamos la piel de las salchichas.

También se han de hacer pequeños agujeros en la cáscara, para permitir la corriente de aire entre el interior (la pulpa de la nuez) y el mundo exterior. Con esta respiración normal la pared (llamémosla vertical) se entrecruza con la palabra horizontal y se solidifica la cáscara.

Las universidades de las nueces se opusieron férreamente a esta fragilización de la cáscara y se negaron totalmente cuando el pedagogo pretendió eliminar el plan de crecimiento. El decía que sólo bastaba con dejar un tiempo de 'juego' y de 'libertad' con tal que cada nuez crujiere cuando ella quisiera y hablara cuando ella lo pudiera hacer.

Así se inventó el concepto de 'nuez abierta' por oposición a la 'nuez cerrada'. El acento se ponía sobre la pulpa de la nuez, la cual tenía el derecho, según el pedagogo, de hablar al mundo exterior desde su posición cóncava y oscura, podríamos decir casi femenina.

Este pedagogo afirmaba que en el interior de la nuez, mezclada con la pulpa, no sólo había la emoción (el afecto), sino también la inteligencia y también Dios. Sí, Dios. Esta sería la razón de su existencia, porque estaría dentro del caparazón de las nueces. Todavía hoy, alguien se pregunta dónde ese estrafalario señor había conseguido tal información.

Resumiendo: dentro de una mismo cesto hay 'nueces abiertas' y 'nueces cerradas'. Unas respiran, las otras no. Este hecho llevó muchos problemas a los poderes organizadores de la sociedad de las nueces, y todavía hoy no saben cómo orientar esta inspiración.

EL MANUAL DE HORTICULTURA.

El pedagogo infiel agitaba el gran Libro, y todo el mundo lo compró para ponerlo en su biblioteca. Todas las familias de las nueces poseían el libro con la cubiertas bien forradas y encuadernadas. Pero el pedagogo explicó que la pulpa de la nuez se iba desarrollando a través de la lectura del manual de horticultura, hecha en profundidad; que se tenía que leer entre líneas o entre las cáscaras del texto. Así era, dijo, como Dios hablaba de la palabra que alimenta.

Eso exaltó la universidad de las nueces. Entonces decidieron hacer un análisis completo de las palabras del texto. Todo fue

analizado y disecado: allí nadie encontró a Dios. Todavía hoy, algunos recuerdan el suspiro de las autoridades.

EL EXODO DE LAS NUECES ABIERTAS.

Es pues claramente imposible que la Biblia pueda abrir las nueces y que el afecto interior siga canalizado por una inteligencia bíblica de la fe, y que Dios y el hombre puedan hacer buena pareja dentro de la cáscara. Es impensable que la Biblia esté presente en el interior de las pequeñas nueces y que sea ella la que haga engordar la pulpa hasta hacer crujir la cáscara.

Cuando una noche, alguien invitó a las nueces a salir de su cesta, las nueces oyeron su voz y se instalaron a la sombra del árbol que está en medio del jardín. Entonces, el símbolo bíblico recuperó allí su existencia.

2. Claude Lagarde y su aportación catequística

Claude Lagarde es un catequista laico, casado y con dos hijos. Es un teólogo y pedagogo; un hermeneuta y un lingüista.

Inicialmente su formación fue científica y técnica. A partir de 1976, con su esposa Jacqueline, fundaron la asociación catequética 'Epheta' y han puesto en marcha un movimiento de pedagogía catequética titulado: la CATEQUESIS BÍBLICO-SIMBÓLICA.

¿Qué quiere decir Catequesis Bíblico-Simbólica?

Quiere decir que Jesucristo es anunciado a través de la adquisición de una cultura bíblica, donde la palabra juega un papel esencial.

Cuando Claude Lagarde dice ‘símbolo’, no se refiere a algo exterior a nosotros mismos, sino que hace referencia a la experiencia sujeto-objeto, es decir al símbolo viviente. El símbolo es la persona que se identifica desde dentro con el relato bíblico. Nosotros deseamos ser símbolos como el gran Símbolo que es Cristo.

El relato bíblico resuena en la Iglesia y en el corazón del creyente, entonces se produce en nosotros la escucha de la Biblia referida a Jesús que se hace ‘Biblia’, Palabra encarnada, hasta morir en una cruz por su obediencia al Padre.

Esta apropiación interior del relato bíblico es lenta y pide tiempo. La palabra humana en su dimensión poética, o mejor, espiritual, unifica al hombre desde el interior, haciéndole adquirir una dimensión simbólica. Cuando ese ‘decirse’ tiene esa cualidad espiritual bajo el amparo de la Biblia, y se ‘habla desde lo hondo del corazón’, entonces se puede decir que se está haciendo catequesis bíblico-simbólica.

Ella no se refiere a todo el contenido del ‘decir’ o a las ideas expresadas, o a la objetividad del texto, sino al grado de implicación personal y afectiva de quien las enuncia con las imágenes bíblicas y palabras religiosas.

Las grandes líneas o propuestas de la Catequesis Bíblico-simbólica:

BÍBLICA: porque la Escritura es el punto de partida de la confesión de fe de la Iglesia. De este modo, en Claude Lagarde, el

punto de partida no es 'la vida' ni el 'catecismo' sino el **texto** bíblico.

Los dos Testamentos aparecen siempre enlazados por figuras simbólicas, con acento concreto en las imágenes y los relatos.

CRISTOLOGICA. Toda la Biblia se refiere a Jesucristo, Palabra de Dios que resuena en nuestras vidas, en una presentación descriptiva primero y simbólica después.

Se rechaza toda actitud 'positivista', es decir, anclada en la pura materialidad de las cosas. Dios sigue hablando hoy mismo y continúa la historia de salvación como en el pasado.

LITÚRGICA. La catequesis se orienta hacia la Iglesia por la vivencia en ella de la oración, la celebración, la liturgia y los sacramentos. Es ahí donde los adultos, padres y catequistas, dan testimonio de su fe.

La presentación del texto bíblico en la catequesis y el esfuerzo de penetrar en su sentido precede a la celebración, que es siempre posterior al momento de la proclamación.

ACOMPaña Y PROMUEVE EL DESARROLLO EVOLUTIVO DE LOS NIÑOS.

Tiene en cuenta la capacidad de llegar al sentido del texto bíblico. Los niños aprenden así, a hacer uso de la palabra, a escucharse, a expresarse, a dialogar, a oír y escuchar el lenguaje de la Biblia en la Iglesia.

Entonces el niño llega en la catequesis a una primera confesión de fe, de expresión infantil, muy aceptable como el punto de partida más idóneo para el progreso ulterior.

La vida en equipo se organiza entonces alrededor de un trabajo de expresión, recurriendo, para ello, a un '*juego bíblico*' practicado como ejercicio lúdico y festivo, como un '*tiempo de creación*'.

Hacia los 12 años, la vida del preadolescente adquiere particular interés gracias al contexto de sus relaciones y a una participación más personalizada en el trabajo de grupo.

MISIONERA. El diálogo tiene preferencia sobre la enseñanza y se abre a partir de un texto que se narra al comenzar la sesión de catequesis: es un '*tiempo de información*'.

La heterogeneidad de las etapas de crecimiento y de los respectivos niveles de fe entre los catequizandos tiene para Claude Lagarde una peculiarísima ventaja: permite que los niños 'se evangelicen', en cierto modo, a ellos mismos: y, para él, esto representa una '*propuesta misionera*'.

Formación de una COMUNIDAD.

La preparación de la catequesis por los adultos que en ella participan (catequistas, padres, educadores), es ocasión de vida en común.

Esto supone un enriquecimiento de la liturgia local y se presta a una catequesis familiar: diálogo y proclamación de la fe se producen de este modo cuando padres y catequistas actúan juntos y se ponen en marcha.

Formación de ADULTOS.

De ahí la necesidad de un importante trabajo siempre lento, de preparación y maduración catequística conjunta.

Esos tiempos de preparación son a menudo ocasión para una verdadera renovación de la fe y de profundización en la Biblia mediante las '*secuencias bíblicas*'. Recordando siempre que la propia formación de los catequistas es el factor determinante de una catequesis de verdadera calidad.

En esta formación interesa dar todo su relieve a los valores afectivos, delicadeza y tacto, estima y cariño del catequista hacia los catequizandos; valores que cohesionan al grupo y le dan al trabajo en común, alegría, presteza y profundidad.

3. Qué significa catequizar.

PROCLAMAR.

'*Catéjein*', palabra griega que evoca eco, vibración, resonancia; equivale a proclamar, hacer resonar. La fe en efecto es transmitida por un testimonio personal y oral, no de manera libresca. En la catequesis vivimos y proclamamos la historia de salvación.

Esa historia de salvación se inicia con la creación, continúa en la cruz de Cristo donde Dios se nos revela precisamente en el anonadamiento y en el fracaso, y acaba en la resurrección y exaltación a la derecha del Padre.

La Biblia narra la pedagogía divina en la historia del pueblo escogido por Dios, el pueblo hebreo, dentro de esta ‘*ekkllesia*’ o comunidad y culmina en la predicación de Jesús y el nacimiento de la Iglesia en la época apostólica y que culminará en la Parusia.

INTERIORIZAR LA FE EN LA COMUNIDAD ECLESIAL.

Quien reza, quien da testimonio, vive aquello que dice. El cristiano va profundizando el sentido de la oración cuando reza, cuando la saborea, cuando la medita y la contempla en su propio corazón.

Transmitir la revelación de Dios implica interiorizarla, viviéndola. La actitud y el hábito de la oración se consigue con la interiorización del misterio pascual, meditación de la pasión muerte y resurrección del Señor Jesús.

Actualizamos nuestra fe y nuestro amor a Cristo en la celebración de la comunidad eclesial: el lenguaje de la fe en la Iglesia se nos da en la Biblia y en la Liturgia.

La experiencia de Jesucristo propia de toda catequesis es vivida en la Comunidad, la Iglesia, sacramento de Cristo, cuyo representante es el catequista.

4. Actitudes básicas del catequista.

El encuentro con Cristo es personal e insustituible y el testimonio de fe del catequista intenta crear las condiciones de posibilidad para este encuentro en la experiencia de Jesucristo, en el lenguaje de la Escritura y la pertenencia viva a la Iglesia.

A tal efecto necesitamos como tres actitudes o capacidades básicas: de escucha, de espera y de diálogo.

CAPACIDAD DE ESCUCHA.

Dejar que el niño, el adolescente llegue por sí mismo a hacer la experiencia progresiva del siguiente descubrimiento: el texto bíblico es vivo, el texto habla, el texto habla de mí y para mí. En verdad puede decirse a sí mismo el niño: de este modo podré yo responder personalmente al Señor Jesús mediante mi compromiso de vida cristiana.

Lo importante en nuestra catequesis 'clásica' parecía ser lo que el catequista decía: él era el sabio, era quien entendía el texto, y quien daba el sentido, el que formulaba el credo o el dogma. Todo corría peligro de reducirse a una mera repetición de fórmulas, por una especie de 'impregnación' dice Claude Lagarde (*cf. Catéchèse Biblique Symbolique. Séquences tome 1 p 28*).

Sería recaer nuevamente en aquel error clásico. Ciertamente el catequista no ha de ocupar el centro de la catequesis, pues el catequizando es el sujeto y el destinatario de la evangelización. El, en efecto, es el protagonista. De ahí la actitud primera del catequista: acoger y escuchar.

CAPACIDAD DE ESPERA.

Es cierto, sin duda alguna, que una actitud de espera y acogida es una actitud esperanzadora. Dios Trinidad está en el niño con su Espíritu y su Palabra; pero esto el catequizando lo irá descubriendo poco a poco. Debe ir progresando, interiorizando las explicacio-

nes del catequista para que supongan entonces una verdadera implicación personal.

Los catequizandos han de tener la posibilidad de expresarse con espontaneidad, libremente, sobre lo escuchado, vivido o comprendido. Se ha de aprender a escuchar y hablar en grupo. Enseñar a hablar en grupo es también aprendizaje. Aprender a hablar desde la inteligencia y el afecto, (ideas y sentimientos), poniendo la imaginación al servicio de la palabra del niño.

Por ello el catequista escucha y deja que los niños hablen y se expresen, evitando 'imponer' sus propias palabras y criterios.

CAPACIDAD DE DIALOGO.

Educar en la fe requiere tiempo y a veces el catequista no tiene paciencia. Se queman etapas con mucha prisa por llegar, como quien tiene que presentarse a un examen final. Ahora bien, el verdadero objetivo de la catequesis es la conversión, el encuentro con Cristo muerto y resucitado, es decir, la confesión de fe. Seguirá luego la vida cristiana sacramental por la incorporación más plena a la comunidad eclesial.

De este modo, si el catequista en un primer momento es un narrador, en un segundo tiempo el catequista viene a ser un animador: por la escucha, el respeto, la confianza, el diálogo, la participación, la comunión y el compromiso. '*Que la palabra circule dentro del grupo*', aconseja Claude Lagarde.

En suma, como narrador-animador el catequista sabe armonizar la inteligencia y el afecto, la imaginación y la creatividad del niño para

ayudar al catequizando a expresarse y comunicarse en y por su palabra.

Pero, por otra parte, el catequista es el representante de la comunidad cristiana: acompaña la entrada del grupo en su iniciación en la Iglesia de Jesucristo, en la Eucaristía y los Sacramentos, donde se proclama y celebra la Palabra de Dios, su muerte y resurrección. Quedan así enlazadas Biblia, Teología, Liturgia y Vida cristiana sacramental.

Educar en la fe supone el esfuerzo para ser una persona creyente inmersa dentro de un proceso de formación permanente donde se vive y celebra la fe en comunidad.

Todo lo que se diga de la persona en forma diacrónica, (histórica o evolutivamente), también se puede decir en forma sincrónica (de manera global actual). En el adulto se esconde también un niño o un adolescente).

El concilio Vaticano II señala que la catequesis ha de ser cristológica (DV4), bíblica (DV 25)(Antiguo y Nuevo Testamento DV 15 y 16), atendiendo a la tradición apostólica y de los Padres de la Iglesia (DV 8).

La fe, don de Dios, se da al niño, al adolescente, al joven o al adulto; pero el objetivo fundamental de la catequesis se centra en la experiencia bíblica tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y en la 'inteligencia de la fe', '*fides quaerens intellectum*'.

El catequeta, orientador y formador de catequistas, intenta responder al qué, al porqué y al cómo de la catequesis. Por esto puede definirse

respectivamente al catequeta como teólogo-hermeneuta-pedagogo. El es el destinatario y, por así decir, el sujeto del presente artículo.

5. Los cuatro criterios de una catequesis cristiana son:

1. La posibilidad de plantearse interiormente la primera pregunta : *¿quién es ése?*, haciéndolo a partir de la narración de un Jesús en su doble dimensión humana y divina.
2. Asegurar la unidad o indisolubilidad de los dos testamentos con la lectura litúrgica de textos correspondientes a las Escrituras y al Evangelio.
3. La oración, alimentada por la lectura litúrgica de los textos, que permite de esta manera la síntesis espiritual vivida en Jesucristo.
4. El cumplimiento de las Escrituras en la vida sacramental de la Iglesia que las actualiza. Esa vida sacramental es vivificada a partir de Pentecostés que continúa propagándose más allá del mundo y gracias a la cual la comunidad renace de nuevo.

II. LA FUNCIÓN SIMBÓLICA.

El método de aproximación simbólica.

La pedagogía catequética tiene unos objetivos teológicos y esta originalidad a menudo se ha olvidado. Iniciar a la lectura cristiana

de la Biblia pide una reflexión más profunda de los medios y las técnicas que normalmente se han utilizado. No sirve cualquier método.

Hay dos niveles de comprensión. Uno es el literal, físico, material, científico, visible, experimental. La palabra que se designa con el nombre de anecdótica o superficial, horizontal o descriptiva.

El segundo nivel es el sentido figurado, poético, simbólico, espiritual. Es el nivel teológico. La palabra simbólica, o vertical porque tiene un espesor, una densidad, un sentido.

¿Cómo pasar de una a otra? Pues, a través de la **‘función simbólica’**.

Pero hay que diferenciar el método de aproximación científica y la aproximación simbólica.

Estos son los presupuestos de una pedagogía catequética:

- La función simbólica corresponde a dos objetivos que no han de mezclarse. Uno es el ‘saber’ y otro la ‘producción de sentido’.
- La Biblia, como Palabra de Dios, tiene una orientación en el sentido de la fe.
- La aproximación simbólica hace de enlace entre la fe y la vida y (es la que da su estatuto al lenguaje de fe).
- Los dos objetivos se pueden articular uno sobre otro con una operación que Lagarde llama ‘décollage’ o el despegue de la letra. Es el paso de la letra a su significado. El paso del saber al símbolo.

La Escritura (confrontada a la vida), llama a la búsqueda de un sentido siempre nuevo, pero en el interior de una palabra.

Para llegar a una verdadera producción de sentido, son necesarias dos condiciones: primero que el texto sea bien conocido, que sea familiar al chico. Esta es una condición imprescindible. Segundo, que pueda ser confrontada a una situación de la existencia.

Estos dos aspectos se implican mutuamente pero han de ser tratados por separado.

Primer objetivo: 'Saber' el relato.

Este objetivo recubre una operación de memoria que toca a la significación anecdótica o práctica del texto.

Hay que hacer aprender el texto, sin más preocupación. Es una operación sencilla realizada de memoria. El niño o la niña han de conocer bien el relato en su sentido literal, después ya podrán meditarlo.

La historia aprendida de memoria será de gran importancia en la escucha de la Palabra. Sin esta fase mnemotécnica nos quedaríamos en la exterioridad, en la significación anecdótica y nunca podríamos profundizar el texto.

Segundo objetivo: 'producir (descubrir) el sentido'.

Al niño esto le supone una maduración. Es una llamada a reconsiderar el relato al cabo de un cierto tiempo y ello hace que vuelva a captar el texto con un nuevo sentido.

Esta segunda operación pide una buena percepción de sí mismo. Por eso que el segundo objetivo pide a la vez un saber el texto y un saber de sí mismo.

La separación de los dos objetivos es fundamental en el método catequético. La Biblia es un lenguaje que vela y revela a Jesucristo. Lo vela en la opacidad del texto y lo revela por la iluminación del Espíritu cuando se acoge por la fe, lenguaje de sentido para la vida. La Escritura y la existencia tienen cada una su característica propia, no se bloquean ni se superponen, existe una alteridad. La revelación subyace a esta alteridad como una chispa entre dos electrodos. Si separamos a la debida distancia los dos objetivos, nos permitirá una gran luminosidad.

Al contrario las pedagogías profanas han de juntar los dos objetivos: saber y sentido. El lenguaje entonces está como pegado al mundo que describe.

El centro del saber (primer objetivo) es la cultura religiosa. El núcleo de la producción de sentido (segundo objetivo) es el lenguaje de fe que surge del encuentro con la Palabra.

El movimiento de toda catequesis es el paso de la comprensión literal a la dimensión simbólica del enunciado de la fe y a su dimensión teológica: la confesión de fe. Más que una operación intelectual es un movimiento interior, un cambio radical del propio universo mental, el nacimiento de una nueva relación con el mundo.

El sentido llama siempre a una nueva comprensión de la Palabra, una profundización de la llamada de Cristo, que supera y sobrepasa la escucha anecdótica.

El centro pues de la experiencia cristiana es la vida referida a Jesús como el Cristo resucitado y viviente. No es una experiencia psicológica. El centro es el misterio pascual.

La Encarnación es el fundamento de la experiencia cristiana. Vivir en Cristo es comprender la vida y el mundo según la lógica de la Cruz y de la Resurrección. Nosotros vivimos como dice S. Pablo el lenguaje de la Cruz. (cf 1 Cor 1,18). El amor es precisamente esa donación de vida. Cuando nos damos, cuando nos perdemos, entonces la reencontramos.

La experiencia cristiana se arraiga en el no-sentido y en este enigma provocativo: en la muerte, en las miserias de los hombres, en la absurdidad de todo tipo. Es a causa de la muerte, que rompe todo discurso anecdótico o la concepción lineal de la vida. El enunciado de fe se refiere no solamente a Dios Padre lleno de bondad, sino también a la muerte que nos sorprende como el no-sentido.

Este es por tanto el itinerario que el niño recorre cuando aprende a decir Dios Padre, Hijo y Espíritu en la Iglesia.

Primero juega con las palabras, crea un paisaje, un escenario. Su palabra y su lenguaje son elementos imaginativos y ello le permite pasar del mundo imaginativo al simbólico (aproximación o función simbólica).

Para ello ha de afirmar, dudar, negar y superar la contradicción por la fe. Ello se consigue por la 'inteligencia de la fe' y por la mediación cristiana de la Escritura (Antiguo y Nuevo Testamento), la Tradición y los Padres de la Iglesia.

III. LOS PASOS DE UN ITINERARIO.

1. La narración. La primera operación es escuchar el relato. La oralidad es básica desde el primer momento.

2. Clasificar las correspondencias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Descubriendo estas correspondencias, el catequista prepara el camino hacia el sentido simbólico. Poco a poco se va acercando desde las imágenes bíblicas a las imágenes litúrgicas y sacramentales.

Por tanto no podemos ahorrar el esfuerzo de reflexión que ha de realizar el niño en su búsqueda de sentido.

Lo importante es que el niño esté activo para captar desde el interior las palabras y las imágenes. No podrá comprender el sentido simbólico sino sólo en la medida que lo construye él mismo.

Una segunda operación es importante. Es el acercamiento de los distintos relatos bíblicos. Desde muy pequeños, entre los 8 y 9 años, los niños empiezan a encontrar algunas semejanzas al almacenar las imágenes verbales y mentales y empiezan a hacer operaciones clasificadoras.

Los niños enlazan y unen los nombres, las cosas y las imágenes... y pronto lo harán con los episodios y los relatos. Pronto encuentran cosas y acontecimientos que tienen relación con ellos. Por tanto el objetivo del catequista será ante todo ayudar al niño a expresarse verbalmente.

Cuando se llega a adulto en la fe, el cristiano familiarizado ya con el lenguaje bíblico, se apoya sobre una red de significaciones y de relaciones que harán resonar temas bíblicos entre ellos y en relación con lo vivido. Esta red estará atada a palabras clave, que se

convertirán precisamente en los símbolos cristianos y llegarán a ser como una síntesis de los momentos fuertes de la experiencia cristiana.

Los niños todavía no pueden alcanzar esta síntesis. Han de ir aprendiendo esta operación de aproximación o de relación. Entre los 11 y 13 años podrán expresar más fácilmente esta relación y subir a un nivel más alto de abstracción. Quizá puede suceder entre los preadolescentes que se tomen este trabajo como un juego formal, como un concurso de enigmas y no se comprometan con su vida. El catequista ha de intentar acoger estas actitudes huidizas. Este tipo de relaciones son necesarias para llegar a la confesión de fe.

Acoger significa también pedir que cada niño enuncie el punto concreto sobre el cual establece la correspondencia.

3. La crítica. En un tercer paso el catequizando empieza a formular sus dudas sobre la verdad de los textos. Puede ser la ocasión de acceder a otro nivel de verdad.

Esta práctica lleva a otras cuestiones y obliga a buscar nuevas respuestas. Hacia los 9-11 años empieza el cuestionamiento crítico. '¿Cómo puede ser esto verdadero?'

Al principio lo imaginario parece falso. El niño es capaz de decir con verdadera emoción cosas que no entiende siendo como es imitador de los adultos.

Pero para educar en la fe, hace falta otra alternativa. También el mundo imaginario puede ser verdadero. El animador de la catequesis ha de

introducir una ruptura dentro del saber y la lógica infantil, en relación a las palabras y a las imágenes verbales.

La fase de la crítica es necesaria para la maduración de la persona. Las rarezas o dificultades del texto, los elementos extraños crean una distancia respecto de la letra de la narración.

El catequista ha de suscitar progresivamente una reflexión. Es un trabajo a 'descifrar' personalmente y en grupo.

El texto bíblico no se deja encerrar dentro de ninguna ideología y la manera más sencilla que tiene para expresarlo es a través de las dificultades y los enigmas.

Ciertas cuestiones nos vienen dadas por la distancia del texto al hoy (distancia cultural, histórica...) Pero las grandes cuestiones nos vienen planteadas por la intervención de Dios en la historia de los hombres.

El texto bíblico ha estado escrito para todas las comunidades, para todas las culturas y para todas las épocas. Siempre podremos hacer nuevas relecturas para las nuevas situaciones. La Palabra de Dios es viva hoy y siempre.

Por tanto el catequista ha de acoger las dificultades que encuentran los catequizandos. El catequista no las ha de rechazar, ni buscando respuestas evasivas, ni con una actitud a la defensiva, bajo el pretexto de salirse del programa. A veces sería más honesto contestar: No lo sé. Reconocer la propia ignorancia puede ser mas bien un signo de autenticidad que 'desmitifica' y por ende hace al catequista más humano.

Si el catequista huye de la problemática que suscitan los pasajes más difíciles, retrasará la maduración de la fe del catequizando. El catequista tiene que respetar la fe infantil, una fe sencilla, pero no ha de temer enfrentarse a las dificultades y las dudas que susciten los catequizandos.

Por el contrario las extravagancias o las rarezas son las que a menudo ayudan al niño a superar el sentido literal del texto y promueve a seguir la búsqueda de sentido a un nivel más profundo (sentido simbólico).

Por tanto es importante que, en el momento del diálogo, el catequista vigile por mantener el clima de confianza y de búsqueda sin tener miedo a cortar las intervenciones fuera de lugar. Ha de saber guardar las cuestiones no resueltas para volver a presentarlas en su debido momento.

Debe evitar también toda respuesta exterior a la persona que le impida comprometerse.

En fin, el catequista tiene que estar alerta a las distintas sensibilidades dentro del grupo. No todos los catequizandos están a la misma altura o predisposición de trabajo.

El sentido, pues, ha de ser el fruto de un esfuerzo de reflexión que comprometa al niño o adolescente en su proceso de interiorización y de apropiación.

Esta pedagogía pide siempre la palabra libre del niño. Es cierto, unos irán más de prisa otros mas despacio. Pero se ha de respetar el ritmo individual. El catequista no ha de tener prisa.

El niño entrará en el lenguaje de doble sentido, a 'ver' dentro de las significaciones múltiples de las palabras, de las imágenes y de los símbolos.

La Biblia narra en imágenes la implicación de Dios en la historia. Al principio el texto es narrado como una anécdota igual como se podría contar la vida con sus experiencias y vicisitudes.

El catequista ha de permitir pues que aflore la duda, sin proyectar sus propias convicciones. La actitud correcta es la de volver a ofrecer nuevos interrogantes sin caer en el campo teórico o en el moralismo. En todo caso lo mejor es hacer referencia a otro texto.

El catequista ha de dar la palabra, ha de permitir la confrontación pacífica dentro del grupo y permitir la exposición de diferentes puntos de vista. Y sobre todo ha de animar aquellos que quieran expresar sus primeras convicciones personales en grupo.

Se puede resumir todo el proceso con estas palabras : memorizar, crear y intercambiar. Es el trayecto que va del saber (primer paso) a la escucha de la Palabra (segundo paso).

Es importante que el niño hable, se interroge y haga preguntas que el catequista ha de acoger y estimular; pero lo más difícil es que la interrogación sea constructiva.

Hay que reconocer que estos pasos en la realidad se mezclan y se confunden. Al catequista-pedagogo le incumbe la responsabilidad de distinguirlos y separarlos para que sean instrumentos útiles.

Se puede decir pues que la palabra analógica- el paso del sentido literal al simbólico- supone estas tres operaciones mentales:

- la operación de construcción del saber
- la operación de destrucción del saber
- la operación de re-construcción al nivel de la verdad o del sentido.

Este es el proceso: narración, profundización, interpelación y oración en el contexto de la comunidad cristiana.

IV. LA FORMACIÓN DEL CATEQUISTA-NARRADOR.

1. La psicología del niño.

De entrada puede decirse que el catequista es en primer lugar un pedagogo porque sigue los pasos del progreso evolutivo del niño, por un lado y por otro, por cuanto ayuda a vivir el proceso natural en toda catequesis: narración, profundización, intercambio o diálogo.

Los niños de 4 o 5 años son capaces de escuchar un relato, imaginarlo y memorizarlo asociándolo a una emoción que será de gran valor para su ulterior desarrollo intelectual y afectivo.

Nos movemos aquí dentro del universo mental imaginativo del niño y su relación con el mundo es entonces inmediata y afectiva.

Puede decirse además, que el niño vive en un nivel anecdótico o superficial. Ellos mismos lo dicen cuando explican los diferentes episodios: *'Había una vez... y después ... y después...'*

De los 6 a los 8 años, los niños tienen necesidad de utilizar imágenes y detalles concretos para captar o retener una secuencia.

El conocimiento del niño es entonces mucho más imaginativo que real. Vive el presente. Su capacidad mnemotécnica es limitada, a menudo olvida, y entonces ha de inventar. Episodios e imágenes se superponen.

Ejercitar la memoria narrativa y la imaginación será la base de su posterior desarrollo.

En todo proceso infantil se da primero una exterioridad a través de las imágenes, como paso inevitable. Y hace falta bastante tiempo para que el niño distinga, separe, clasifique todo el material que la imaginación le va ofreciendo.

Realizará entonces una operación mental que consiste en engarzar y articular los datos de la vida imaginativa del niño con la experiencia sensorial de las cosas concretas. De este modo se llega a la organización o construcción de lo que se podría denominar 'escenario mental'. Esto es lo que definimos como 'saber' el relato. Hay aquí un primer objetivo pedagógico.

2. Partiendo del texto.

Los evangelistas proclaman su fe siguiendo las leyes de la tradición oral de su época y después la fijan por escrito. El evangelio no es un 'cuento', una narración meramente anecdótica; los autores del relato evangélico expresan allí su testimonio de fe en el Cristo pascual transfigurado a la luz de las Escrituras.

Constituye el testimonio de fe inicial - el 'kerigma apostólico' - , completado posteriormente con los recuerdos que tuvieron sobre el hombre Jesús: gestos, palabras y acontecimientos.

Presentar bien el texto bíblico es el primer objetivo de la catequesis en este primer momento.

Se ha de evitar una visión unívoca, restringida al Antiguo Testamento; al efecto son necesarios dos relatos, uno del Antiguo Testamento y otro del Nuevo, siguiendo el uso que nos propone la Iglesia en la liturgia dominical: primera lectura (Antiguo Testamento), segunda lectura (textos apostólicos) y Evangelio.

Un peligro, que suscita cierta tendencia a la 'comodidad' en el catequista, puede producirse en el uso poco adecuado de los medios audiovisuales en este momento pedagógico. Ellos pueden servir, ciertamente, de apoyo o ayuda per nunca sustituyendo el texto bíblico, ocupando el primer plano del interés del niño.

Sería el caso, asimismo, de las series bíblicas televisivas o de un film bíblico. Ambos pueden entorpecer la profundización del texto sagrado: ocuparían entonces ese primer plano metodológico y pasarían a

desplazar el carácter narrativo de la proclamación del hecho bíblico central.

Sería también el caso de las ilustraciones de muchas biblias infantiles con textos demasiado trabajados que entorpecerían más, si cabe, ese proceso.

Los tres casos, son un obstáculo a la catequesis pues hacen olvidar y a veces sustituyen el trabajo personal de los catequizandos. (*'Esto ya lo sé'..- dicen-. 'Ya lo he visto...' ' Ya me lo contaron el año pasado...'*)

3. Saber narrar.

La primera tarea del catequista es narrar el relato. 'Saber' bien el relato es un primer paso dentro del proceso de comprensión.

La primera fase, entre los 6 y 8 años, consiste en la verbalización del relato bíblico y ello necesita de un narrador-catequista. Después, entre los 9 y 11 años, la relación imaginativa con la historia va adquiriendo un cierto grosor y poco a poco se habrá de alcanzar el nivel de una lectura simbólica.

Saber narrar es un desafío y arte también. Narrar no significa leer un texto: hay que contarlo, evitando las palabras excesivamente difíciles pero teniendo cuidado de no eliminar los términos significativos y de contenido teológico.

Es conveniente dar al menos dos imágenes o dibujos de un mismo relato. Si no se hace así, los niños pensarán que el catequista, les está presentando unas fotos de Jesús (o de otros personajes bíblicos).

El hecho de mostrar entre los 9 y 11 años, que hay más de un dibujante o autor, obligará a distinguir entre el hecho y el relato mismo.

El catequista-narrador no contará nunca el evangelio como un cuento de hadas o una historieta de un cómic; ni lo hará de una manera demasiado gráfica o pintoresca; lo hará de tal manera que las imágenes de la historia puedan ayudar a una meditación ulterior, más allá de la mera descripción. Hace falta hacerlo de manera viva, suscitando ideas, imágenes y emociones que estimulan así la imaginación infantil.

El catequista cuidará de narrar además respetando la riqueza poética y simbólica del texto. Todo depende del arte del narrador. El niño puesto así en acción empieza a construir imágenes. Pero si aquel '*escenario mental*' no está lo suficientemente construido, el relato evangélico o bíblico desaparecerá por falta de raíces. Sin lo cual no se tendría el apoyo necesario que conduce a la confesión de fe.

Tampoco ha de eliminar las cosas o los hechos extraños más o menos inverosímiles, bajo pretexto de que 'hoy no se creen estas cosas'. Por ese motivo el catequista es fiel al texto y a su espíritu, resituando aquellas cosas sorprendentes o inesperadas. No hace falta tampoco 'corregir' a los personajes para hacerlos un poco mejores de lo que aparecen en el relato.

Las rarezas o dificultades del texto, así como los detalles significativos, en efecto, son estímulos que ayudan a despertar la atención y a superar una escucha superficial y pasiva.

El catequista no ha de temer que el niño plantee dudas. En realidad, cuando el niño naturalmente las plantea está hablando de las dificultades del texto. El niño, incluso cuando afirma, siempre está haciendo preguntas.

Acoger esa palabra incipiente e inacabada del catequizando vale mucho más que la palabra correcta y exacta del adulto.

4. Saberse el relato.

Después de la primera etapa, entre los 6 y 8 años, con el acceso al sentido literal del texto, se produce una lenta maduración de sentido que permitirá poco a poco alcanzar la *'inteligencia de la fe'*.

No se puede pasar de la vida sensorial del niño de 6 a 9 años a la vida de fe dando un salto, de manera inmediata. La expresión progresiva de la fe del niño empieza por la recitación de memoria de un texto bíblico, o incluso, la imitación de la afirmación del catequista. Pero no se puede parar ahí. Pide un paso más. El paso del 'saber' al sentido, y ello no lo pueden hacer los niños por su cuenta sino les acompaña el catequista-animador.

Narrar consiste en dar una información básica y fundamental del relato bíblico, que permitirá luego acceder a la comprensión de fe. Para ello hace falta una buena memorización, que nos dará la oportunidad de fijarnos en todos los detalles más significativos.

Es preciso que el catequista ayude a la memorización, subrayando las extrañezas o asperezas del texto, de los personajes y acontecimientos.

Familiarizarse con el relato pasa por el conocimiento de la "letra bíblica", del sentido literal del texto.

Este aprendizaje seguido de la memorización y verbalización, producirá un '*escenario mental*', resultado de la interconexión entre la experiencia sensorial, la inteligencia, la afectividad y la imaginación.

El olvido es también factor constitutivo de la memoria. El niño no vuelve a contar el relato tal cual es, sino que lo interpreta en su mundo imaginativo. Existe por tanto una separación entre el escenario explicado por el niño y el texto bíblico.

En la base está el conocimiento del texto bíblico, con las historias concretas y imaginadas. Se trata en primer lugar de la memoria del texto que se trabaja independientemente de la comprensión del mismo y que varía según la edad y la experiencia. La mente infantil se impregna de estos relatos y de las palabras. Todo este mundo imaginativo se construye, pues por impregnación, fuera de la cual la fe se quedaría reducida al silencio.

La mayor dificultad viene por el mero hecho de que los chicos y chicas piensan que ya se saben el relato, pero en realidad lo que hacen es extraer una idea vaga y general. Lo esencial, en efecto, no es captar las ideas, sino que consiste en la vivencia del encuentro personal con el Dios de la vida que se nos da en Jesucristo.

V. LA FORMACIÓN DEL CATEQUISTA-ANIMADOR.

El animador del grupo ha de ayudar a que exista un diálogo fecundo dentro del grupo y para ello suscita que los niños establezcan relaciones entre los relatos (AT y NT).

La solución se ha de encontrar haciendo hablar al niño con cualquier medio de expresión: corporal, oral, plástica, audiovisual etc... Hay que evangelizar a toda la persona (inteligencia y sentimiento, cuerpo y espíritu). Si dejamos que el niño quede encerrado en el silencio, entonces se volverá mudo y, como Zacarías (cf. Lc 1,22), su mudez le impediría hablar de Dios.

Se trata pues de ser creadores y dialogantes. Crear quiere decir explorar la resonancia que tienen los relatos a través de una actividad. Dialogar supone que nos tomamos un tiempo para acoger la palabra de los catequizandos y comprometerlos dentro de esta operación. El catequista ha de procurar no ir muy deprisa ni contestar inmediatamente con respuestas 'prefabricadas', cosa que provocaría cierta pasividad en el niño y condicionaría su expresión espontánea.

El catequista deja que el niño se exprese espontánea y libremente en la sesión de catequesis, deja que haga preguntas y que surjan sus dudas. En un primer momento no tiene prisa para que el niño encuentre la 'buena respuesta', la respuesta exacta. De lo contrario el niño se limitaría a la mera repetición de lo dicho por el catequista.

El catequista suscita un intercambio enriquecedor entre todos los miembros del grupo, donde todos participan en el mismo esfuerzo: el catequista sabe centrar o focalizar el diálogo sobre un punto, y,

en su momento, sabe aparcarse o volver sobre los temas olvidados, evitando cualquier bloqueo o prejuicio dentro del grupo. Lo importante es ayudar a aquellos que quieran expresar sus primeras convicciones personales en grupo.

El catequista sabe acoger todas las preguntas y respuestas del niño, las cuales contienen, seguramente, mucho más de lo que solemos pensar. Vale más acoger la expresión imperfecta de un niño que proponer de inmediato la respuesta correcta y exacta, acabada del catequista.

El catequista ha de escuchar realmente lo que dicen los catequizandos, y, en su caso, replantear nuevas preguntas del siguiente talante: *‘¿Y eso, qué nos quiere mostrar?’*

Pongamos el ejemplo de Navidad. Habiendo relacionado la cueva de Navidad, con la de Elías y con la de Moisés, de momento el niño se parará aquí. No se preguntará por qué se hacen cuevas por Navidad. Un día reflexionando encontrará extrañas todas esas cuevas y se interrogará. El catequista aprovechará ese momento para indicarle que en el evangelio no se habla de cuevas y entonces le podrá hacer la pregunta: *‘Entonces ¿por qué se hace una cueva por Navidad? ¿Qué nos quiere hacer entender?’*

Lo mismo podríamos hacer relacionando el Diluvio, con la Tempestad calmada, o el paso del Mar Rojo con la marcha de Jesús sobre el lago o cuando Jonás es salvado de las aguas.

Por tanto el catequista ha de valorar el trabajo realizado por el niño y evitar sustituir el esfuerzo del mismo con su propia síntesis. Se

logra así como una rumiación o pequeña contemplación del texto bíblico, una aproximación más personalizada del mensaje bíblico. El diálogo será el camino que conducirá a la comprensión.

Es importante que el catequista, en el momento de diálogo, vigile por mantener el clima de confianza, de aprecio y seguridad y de búsqueda pero sin tener miedo a cortar las intervenciones fuera de lugar.

Este ejercicio exige una pequeña muerte, muerte al saber acabado y perfecto, muerte a la seguridad verbal. Esta pequeña muerte engendrará, a no dudarlo, una pequeña resurrección, una nueva iluminación (cf. Mc 8, 22-26).

Para pasar del sentido literal al sentido simbólico son necesarias, pues, estas tres operaciones mentales: construcción del 'saber', 'destrucción' del mismo saber y reconstrucción del saber pero ahora a nivel de sentido.

A este paso de muerte a vida, de la opacidad a la iluminación, del texto al sentido lo denomino '**pascua del lenguaje**'.

CONCLUSIÓN

El acontecimiento Jesús - anunciado en las Escrituras- y confesado el Cristo - según la experiencia de la primitiva comunidad apostólica- en su misterio pascual de muerte y vida es el centro de la catequesis, porque nos revela el misterio de Dios.

La educación de la fe es la iniciación a este misterio de Dios. Para acceder a este misterio, de muerte y vida, hace falta la mediación de la comunidad eclesial y el aprendizaje de un lenguaje que es a la vez: simbólico, cristológico, litúrgico y sacramental. El error teológico y pedagógico a mi entender es el paso del texto bíblico a la vida cristiana sacramental sin pasar por la mediación del lenguaje eclesial, sobretodo sin implicación y compromiso.

El ser humano tiene una capacidad simbólica que a menudo es olvidada por no estar de moda. La catequesis ha de mostrar el camino que va de la palabra humana a la palabra cristiana, pero para ello hace falta seguir un itinerario, un itinerario pascual, de muerte y vida, un 'via lucis' bajo las apariencias de un 'via crucis'. En consecuencia en la catequesis actual no se ha de partir ni del 'catecismo', ni de la 'vida', hay que partir del texto bíblico.

Para ir del texto bíblico (AT-NT) a la vida cristiana sacramental, son necesarias dos aproximaciones. La primera es la aproximación simbólica, la segunda la aproximación sacramental.

La primera aproximación es el paso del texto al símbolo, o del sentido literal al sentido simbólico. La segunda aproximación, nos hace pasar del sentido simbólico al sacramental.

Pero para llegar hasta ahí hacen falta dos pasos o dos rupturas. El primero es el paso del texto al sentido. El segundo es la conversión, porque se da a un nivel existencial y nos lleva directamente a la celebración de la pascua cristiana en la comunidad eclesial.

Se parte pues, de la narración del texto bíblico, normalmente del

Antiguo Testamento. Después, dentro de la experiencia de grupo, el catequizando va asociando imágenes, las ordena y las clasifica.

Después, a través del diálogo y de la palabra, el catequizando se enfrenta a las dificultades del texto. Se deja interpelar por él. Y así se abre al sentido y al símbolo. Es el momento de la confesión de fe y la oración.

A medida que el catequizando vaya madurando llegará a la significación existencial, significación litúrgica y sacramental.

La comprensión del sentido y la confesión de fe es un don del Espíritu dentro de la comunidad eclesial. Pero el catequizando no ha de renunciar a realizar la búsqueda de sentido de forma autoimplicativa y comprometida.

Esta praxis catequética pide una iniciación o un aprendizaje muy particular. Aprender a 'decir Dios', aprender la 'Palabra que surge de la Cruz'. Porque es la Palabra Creadora, el Verbo hecho carne (cf. 1 Jn 1,1-18) la que vela y revela al Dios escondido en la esperanza de la cruz. Vela en la opacidad del lenguaje y revela en su iluminación por la fe. Ahí es donde historia y revelación se entrecruzan. De ahí surge la vida para los hombres (cf. 2 Cor 4,10).

Estoy de acuerdo con Claude Lagarde cuando dice: '*La Crisis de las comunidades cristianas está en estrecha relación con la crisis de la palabra humana*'. (cf. *Apprendre à dire Dieu* p 91).

Palabra infantil, palabra adolescente y palabra adulta forman parte de un mismo proceso, pero la catequesis ha de tender a la catequesis de

adultos. Esta ha de ser su meta. Por eso que en la catequesis, todos - adultos, jóvenes y niños - catequizan y son catequizados.

Para educar la fe, guiados por la Escritura-Tradición, hace falta recuperar el lenguaje narrativo, simbólico y sacramental para que la Palabra sea encarnada, vivida, celebrada y compartida dentro de la comunidad eclesial.